

Desde Vigo

Es domingo y abril. La mañana abre su bóveda de seda sobre la ciudad. Tras de mis vidrieras del Hotel Moderno veo un pintoresco rompecabezas de tunos y de tranvías, que vuelve locos a media docena de guardias municipales.

Algunos de mis parientes y amigos han ascendido de madrugada a la cresta turística del Castro. Yo me he quedado en el valle. He hojeado la Prensa local. He oído misa en un templo dedicado al Apóstol Santiago.

La exposición de óleos que V. Abascal acaba de inaugurar en la subterránea rotonda del Casino vigués ha traído en esta misma dirección a buen número de amigos y compañeros compostelanos del artista, con lo que la estancia en población extraña no pasa de ser, en cierto modo, una realidad a medias.

He hablado con Castroviejo a quien cité anoche, con emoción, en mi conferencia inaugural; con Laxeiro, quien me hizo partícipe de algunas de sus impresiones sobre ciertos retratos de Vidal; con Moreiras, cuyo libro de versos anuncié a mis lectores hace poco, exactamente en el postridie de la visita de Luz Pozo Garza, la poetisa; con Julio Sigüenza; con el andaluz lusitano Martín Maqueda, que aguarda vez en Vigo para montar sus dibujos y su retratística al pastel en una de las salas habituales; con el profesor López Niño, cuyo verbo fácil y elegantísimo puso públicamente por las nubes la vida y milagros del cronista.

Supe que había estado cerca de mí, oyéndome, Salvador Lorenzana. No finjo si digo que siento que Maside — con quien también tuve el gusto de hablar — u otro posible conocido de los dos no me hayan presentado al magistral desarrollador de los temas gallegos de "Cada Semana".

Es posible que de la entrevista hubiera salido un acercamiento espiritual y en definitiva un gran provecho para quien, como yo, no iba a Vigo a enseñar crítica pictórica sino a aprenderla.

Otra vez será. Pero conste que la deseo de todo corazón.

RABANAL